

DERECHAS E IZQUIERDAS, MINIFIESTO

Una frase repetida hasta la náusea y que se ha convertido en paradigma de la actual situación ideológica, es la que afirma que ya no hay derechas ni izquierdas. El verdadero problema de ese rechazo es que no propone más opción que el limbo ideológico, cuando no el utilitarismo más grosero.

[Alberto Miralles]

Decir que no hay derechas e izquierdas es situarse en el cómodo y rentable ámbito de la despolitización. La despolitización significa no preocuparse de la política, lo cual le viene muy bien a los políticos.

Cuando los políticos oyen la frase “no hay literatura de derechas o de izquierdas, sólo hay buena literatura”, se sienten a salvo de la crítica y recompensan a quien la dice con un programa de televisión en el segundo canal, donde, por cierto, no hay ningún programa de teatro.

En nuestra escena se ha aplicado igualmente la sentencia como si fuera un axioma: “no hay teatro de derechas o de izquierdas, sino teatro bueno o malo”. Y tampoco es verdad. Bastaría para demostrarlo la simple comparación entre Benavente y Valle Inclán.

Este desprecio por la ideología tiene su origen en la Transición, cuando se marginó a todo el teatro crítico antifranquista para potenciar otro más acorde con su voluntad de olvido¹.

El hecho de que hoy se hable más de economía que de ideales es, sin duda, porque el fruto de ese vacío ideológico ya está maduro.

Me gustaría creer que, efectivamente, ya no hay derechas e izquierdas, pero no puedo porque la realidad nos indica todo lo contrario. Por eso, a continuación, y para que se vea la diferencia entre izquierdas y derechas en el teatro español actual, anoto los doce puntos de un



Minifiesto

1. Lo previsible es de derechas, lo inesperado es de izquierdas. Cuando se levanta el telón y vemos un sofá que podríamos comprar en El Corte Inglés, podremos afirmar que estéticamente estamos ante un espectáculo de derechas, lo que significa que ya tiene mucho adelantado para que, éticamente, lo sea también.

2. Crear una atmósfera cultural, dando ejemplo desde los medios públicos, es de izquierdas; por eso los políticos que mantienen programas como “Tómbola” son de derechas, la peor de las derechas, además, porque el ocio debe concebirse como un hecho de calidad y no de embrutecimiento y porque los gobiernos tienen la obligación de enriquecer espiritualmente a la sociedad y hacerla más culta, sensible e inteligente. Estamos viviendo una etapa —varios lustros ya— de conservadurismo ético, estético y político; y eso no es un producto del azar: la “Movida”, la “festivalitis” o las “Tamaras” siempre aparecen oportunamente, cuando hay que ocultar alguna crisis o no se desea una sociedad libre, informada, reflexiva y crítica.

Decir que no hay derechas e izquierdas es situarse en el cómodo y rentable ámbito de la despolitización.

El problema es que son muy pocos los que admiten ser de derechas y muchos a los que no les importa que les crean de izquierdas.

3. Reducir la política teatral a porcentajes de asistencia es de derechas; esgrimir cifras en vez de ideas, es de derechas. Por eso, hablar de cantidad es de derechas y hablar de calidad es de izquierdas.

4. Decir que se da al público lo que el público quiere es, no sólo de derechas, sino cínico, porque no se puede dar droga dura y después acusar al drogadicto de serlo. Halagar el mal gusto para tener un público más amplio ha sido, es y será de derechas, porque “diversión” no debe significar alienamiento, sino estímulo para la inteligencia.

5. Destinar la mayoría de los presupuestos a los teatros públicos, dejando agonizar al teatro marginal y de base, es de derechas.

6. Decir que es necesario conocer el teatro extranjero, cuando aquí se hace lo imposible para que se desconozca el propio, es de derechas, porque todas las colonizaciones son de derechas.

7. Hacer lecturas teatrales para dar la sensación de normalidad en la cartelera, no es de derechas, es de tontos útiles. Resulta cuando menos sorprendente el gran esfuerzo, talento y subvenciones que se emplean para no estrenar las obras, dando a la vez la impresión de que se apoya muchísimo a los autores. Desgraciadamente, la frase de moda ya no es “¿estudias o trabajas?” sino “¿trabajas o te leen?”.

8. La fascinación por la juventud es de derechas; la fascinación por los jóvenes inteligentes, es de izquierdas. Esa definición vale lo mismo para la fascinación por las mujeres, los gais y los calvos.

9. Aspirar más a la “subvención” que a la “subversión” es de derechas. Por eso antes se protestaba y hoy se colabora; pero injusticias las había entonces y pueden verse también hoy. Hay que mirar, claro, porque ver vemos todos los días.

10. Es teatro de derechas el que sólo busca beneficio económico y es política de derechas la que, además, lo subvenciona.

11. Por muy humana y explicable que pueda parecernos, la apatía, el escepticismo y la resignación son de derechas. Y así estamos, apáticos, escépticos y resignados. O sea, somos muy de derechas, lo cual sólo se podrá evitar meditando sobre el ejemplo número doce:

12. Renunciar a las migajas y exigir todo el pastel es de izquierdas.

Conclusiones

La antítesis “derecha e izquierda”, por muy simplificadora que parezca, es perfectamente válida porque cuando se utiliza, todo el mundo sabe de qué se está hablando, o sea que como clave lingüística cumple plenamente su misión comunicativa. El problema es que son muy pocos los que admiten ser de derechas y muchos a los que no les importa que les crean de izquierdas. Pero esa indefinición no es del concepto, sino del arribismo social y del complejo histórico de ambas posiciones: el de la derecha porque cree que la cultura pertenece en exclusiva a la izquierda y el de la izquierda porque cree exactamente lo mismo.

A los que afirman que ya no hay lugar para la izquierda, hay que hacerles ver que ahora hay más espacio que nunca para ella porque todas las fuerzas políticas se han trasladado al centro, aunque nunca reconozcan su trasiego y hablen de “la izquierda del centro”, de “el centro de la derecha”, de “la derecha de la izquierda” o “cuidado que vienen los nuestros”, o “yo soy demócrata de toda la vida” y “¡los artículos fascistas los escribí cuando era joven, y yo qué iba a saber, leche!”.

No os dejéis engañar: No hay nada más ideológico que la afirmación de la crisis de las ideologías. Por eso, para dejar claro el concepto, afirmo para terminar, que decir que ya no hay derechas e izquierdas, es, sin duda alguna, de derechas.

Muchas gracias. ■

¹ El tema lo he desarrollado en “La memoria asesinada”. “Creación escénica y sociedad española (Cuadernos de teatro n.º 20, Universidad de Murcia, 1998).